

Ediciones BISTAGNE

publica, quincenalmente, la más selecta colección de novelas, titulada

Biblioteca "Nuestro Corazón"

cuyos primeros números publicados:

La que se hizo amar

de Marcelo Priollet y

NADA SE BORRA

de Max Dervieux (que acaba de aparecer) han constituido dos grandes éxitos.

El tercer volumen, que aparecerá el día 30 del corriente, se titula:

LA ESPOSA Y LA AMIGA

novela original e inédita del pulcro escritor español **José Baeza Valero**, cuyo asunto, altamente sugestivo y sentimental, será unánimemente considerado como una joya.

Biblioteca "Nuestro Corazón"

está lujosamente presentada, consta de 96 páginas de buen texto y

su precio es el de UNÁ PESETA

J. HORTA, impresor-Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 313

25 Cts.



EL
MÉDICO
A PALOS

POR
JAVIER RIVERA,
ERNA BECKER,

Foto
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono. 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 313

EL MÉDICO A PALOS

Adaptación cinematográfica de la célebre
comedia de Leandro F. Moratín

interpretada por

Erna Becker, Luis Echaide, Angel Sepúlveda,
Francisco Cejuela, Carmen Rico, Antonio Mata,
Marina Torres, Faustino Bretaña, Javier Rivera
y Adolfo Bernáldez

PRODUCCIÓN ESPAÑOLA

EXCLUSIVA DE

SELECCIONES CAPITOLIO

S. HUGUET Provenza, 292

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
GAETA GARBO



EL MÉDICO A PALOS

Argumento de la película

Don Leandro Fernández Moratín fué el autor que regocijó al ingenio público de principios del siglo XIX. El medio requería aquellas comedias de plácido ambiente familiar, adornadas por un suave humorismo en el que se hizo un derroche de ingenio y donosura. Hoy la cinematografía recoge ese momento y lo presenta con los atavíos del progreso actual.

Es España; es Alcuena, la vieja ciudad castellana que vió pasar por sus calles el desfile lento de los siglos. Una de sus casas principales era la de don Jerónimo, infatigable acrecentador de la respetable hacienda y celoso guardián de las candorosas ilusiones de su hija Paula, muchachita aprisionada en aquella jaula de oro.

Entre los criados que tenía a su servicio don Jerónimo, se hallaba Lucas, infiel servidor que tuvo un cuarto de hora tonto y se casó con Andrea, la

doncella, y Ginés, otro fiel servidor que nunca tuvo un cuarto de hora que perder.

Todos vivían satisfechos en aquel severo caserón donde la vida iba resbalando con una lentitud silenciosa. Pero también bajo sus muros, el amor, la eterna e invisible ave cantora del mundo, habíase acercado para conmover el corazón de Paulita.

Cierta tarde, Paula leía una carta que le había entregado antes su doncella Andrea, mujer guapota y confidente de los amores de la señorita.

Paula mía: Acabo de llegar. Como ya sabes las "diplomáticas" relaciones en que se hallan tu padre y mi tío don Dámaso, he dicho a éste que me iba a Guadalupe para ver a don Javier. Pero aquí me tienes; y esta noche acudirá donde siempre tu

Leandro

Evocó la imagen del mozo, su primer amor...

Paula esperó aquellas horas con ansiedad, y, al llegar la noche, se asomó a una ventana y, a poco, escuchó en la calle desierta el trote de un caballo. Sobre el bello y negro animal apareció la figura esbelta y arrogante de Leandro.

—No podía pasar más tiempo sin verte—le dijo Leandro con ternura—, y aun a riesgo de caer en el enojo de mi tío, inventé un pretexto para hablar contigo...

—Mi padre se opone a nuestros amores—respondió Paula—. Sabe quién eres, y, aunque no te conoce en persona, tengo miedo a que tome alguna providencia contra ti.

Don Jerónimo, que paseaba por las habitaciones superiores creyó percibir rumor de voces, se acercó a un balcón, y vió la silueta del caballero rondador.

Enfurecido, abrió el balcón, pero el enamorado manco, después de sonreír por última vez a su amada,

emprendió fuerte galope perdiéndose como un fantasma en el silencio nocturno.

También Paula, al verse sorprendida, cerró la ventana yendo veloz a su cuarto.

—Sé quien eres y lo que buscas—rugió don Jeró-



Evocó la imagen del mozo...

nimo con el brazo extendido—. Pero esta partida te la gano yo...

Entró en la casa dispuesto a sermonear a su hija. Vió a Andrea que pasaba por allí, desolada, porque había descubierto el señor la cita de los enamorados.

—Ya me suponía que no andarías muy lejos—le gritó—. ¡Buen papel! ¡Protegiendo el amor de un

descamisado! Di a Paula que la espero en el gabinete.

Andrea, asustada, fué a transmitir la orden del señor, y poco después Paula se presentaba ante su padre.

—No conozco personalmente al barbilindo que te enamora — le gritó don Jerónimo —, pero sé quien es y me opongo terminantemente a semejantes relaciones.

—Pero yo le quiero, papá.

— ¡Qué tontería! Tú eres muy joven todavía para pensar en marido. Cuando el tiempo pase, la cabeza, y no el corazón, te dirá lo que te conviene...

Andrea, que había escuchado detrás de la puerta, penetró en el gabinete.

Con la confianza que le daba el haber permanecido largos años en la casa, gritó:

—Cuando se casó usted con la señora ¿quién le contó la edad?

—¡Desvergonzada! — rugió don Jerónimo—. Y en cuanto a ti, Paula, yo tomaré mis medidas, para que el galancete no vuelva.

Y salió de allí con los ojos llameantes por la cólera.

—No se apure, señorita — le dijo Andrea a Paula, que lloraba—. Yo procuraré que consiga su felicidad.

Y en el regazo de su doncella brotaron, ufanas y vivas, las tiernas confidencias del querer...

... ..

En Tomillares, un pueblo próximo, separado de Alcuenza sólo por dos colinas y un valle, habitaba un doctor afamado, llamado don Bartolo, bibliófilo empedernido e investigador sempiterno.

La constancia de don Bartolo para el estudio rivalizaba con el perpetuo desacuerdo conyugal entre sus criados, Bartolo y Martina.

Para sacar al marido de Martina de su proverbial

cachaza no había más que dos medios: la pólvora o su mujer.

El marido regañaba constantemente, pues Martina era una mujer activa y diligente, mientras Bartolo no tenía otra pasión que el vino y el buen yantar.

Aunque los poetas han dicho que el mundo rueda por el espacio, para el médico Bartolo la tierra se



—...yo tomaré mis medidas para que el galancete no vuelva...

paró el día en que Martina y su marido entraron a servirle. Las disputas de sus criados le impedían trabajar y poder coordinar sus ideas. Desde su despacho les oía y sus nervios saltaban en violenta tensión.

Por cualquier cosa marido y mujer armaban un escándalo.

—¡Bribón! ¡Mal haya la hora en que me casé contigo! — decía ella.

El, después de media hora de improperios, viendo desconsolada a Martina, procuraba acariciarla.

—Pero no seas tontuela, mujer. ¿Quién te quiere a ti?

Acababan por hacer las paces, sin perjuicio de volver poco después a insultarse como demonios.

Y esto un día y otro día. La discusión sólo acababa cuando don Bartolo ordenaba a su criado Bartolo que fuera a arreglar las mulas.

El médico, acompañado de su sirviente, iba todas las mañanas a hacer la visita a los enfermos.

... ..
En otro pueblo, cercano también a Alcuzena, vivía don Dámaso, el tío de Leandro, hombre rico y propietario de muchas leguas a la redonda.

La misma noche en que Leandro fué sorprendido por el padre de Paula junto a la ventana, el joven regresó a casa de su tío.

Leandro se hallaba en un difícil dilema. Don Jerónimo no lo admitía por creerle inseguro heredero de don Dámaso; y éste miraba, a su vez, con cierta reserva, al padre de Paula, al que siempre había profesado gran antipatía.

—¿Cómo, tan pronto de vuelta? — le dijo su tío —. No te esperaba hasta mañana.

—Llegué a Guadalajara en ocasión de haber salido su amigo don Javier para Madrid; y antes que hacer noche en aquella ciudad, decidí volver a su lado — respondió el joven.

Y fué a encerrarse en su cuarto y a soñar en la bella novia, la suave enamorada, que, como él, vivía en un caserón viejo donde todo era triste y donde el tiempo pasaba monótono, como el rumor de las campanas de la iglesia, que tañían sus bronces de oración.

Desde el instante en que don Jerónimo se opuso abiertamente a las relaciones de su hija, ésta dió en

una desgana que hacía de las comidas uno de los ratos de mayor tortura para el celoso padre.

Un día, durante la comida, su padre la miró con gran preocupación. Esta hija suya era lo único que tenía en su existencia y la idea de que enfermase de que podía morir, le estremecía...

Vió que la joven daba su comida a unos perritos que se movían graciosos bajo la mesa, y dijo tristemente:

—¿Hoy tampoco tienes gana, hija mía?

—No, papá.

El padre suspiró y continuó la comida en doloroso silencio. Así llevaban ya una porción de días...

Entretanto, Leandro recibía una carta de su enamorada:

Leandro de mi alma: Todo va bien. Andrea ha inventado un ardid con el que pensamos vencer la oposición de mi padre. Mientras, prepara tú el ánimo de don Dámaso a nuestro favor. Tuya siempre.

Paula

Leandro evocó a la dulce novia y le pareció verla ante él. ¿Cuándo cesarían todas aquellas dificultades?

En casa de don Jerónimo había terminado la comida y, al levantarse de la mesa, el padre dijo a la doncella Andrea:

—Acompaña a la señorita al jardín. El aire puro le ayudará a recuperar el apetito perdido.

Las dos mujeres marcharon lentamente. Ya en él, se vió realmente lo que era la desgana de Paula.

Andrea había combinado aquel plan. Paula aparecería atacada de una inapetencia absoluta, a fin de que su padre se asustase y diese finalmente el consentimiento para la boda. Pero como nadie ha inventado todavía el milagro de vivir sin comer, Andrea

se cuidaba de proporcionar a su señorita algunos exquisitos manjares.

—Tenga, señorita, coma.

Y le dió en el jardín algunos fiambres que la muchacha comió golosamente.

—¡Es un suplicio eso! — dijo Paula.

—Pero es su salvación, señorita. Don Jerónimo comienza a estar asustado...

Don Jerónimo en el comedor había llamado a su criado Lucas, y le decía:

—Es preciso que Ginés y tú aviséis con urgencia a dos médicos. La señorita me tiene preocupado con su desgano...

Marchó Lucas y don Jerónimo acercóse al balcón mirando al jardín tras los visillos.

Paula, que comía con extraordinaria rapidez, a fin de que nadie sospechara el embuste, se atragantó y empezó a toser con desesperados movimientos de cabeza.

Era en el instante en que su padre se había asomado al exterior, y al ver que a su hija le ocurría algo anormal, voló hacia ella...

—¡Don Jerónimo! — murmuró Andrea.

Y escondió el resto del alimento entre las flores, mientras Paula, ya más tranquila, con la boca llena todavía de comida, no osaba masticar, temerosa de que su padre descubriera el engaño.

El padre llegó muy alarmado.

—Pero, ¿qué sucede? ¿Qué pasa? ¿Se ha puesto enferma?

Ella nada decía, sin poder mover la boca repleta... Hacía gestos con los brazos, indicando que no podía hablar.

—¡Pero, habla, dí..., contéstame, hija mía!

Una idea repentina pareció iluminar la imaginación de Andrea. Y dijo de pronto para salvar la situación:

—¡Ay, señor, que se nos ha quedado muda!

—Paula... pequeña, habla.

La muchacha no contestaba, y don Jerónimo, desesperado, al ver a Lucas y Ginés que marchaban en busca de los médicos, se acercó a ellos y les dijo:

—No dos; avisad con urgencia a todos los médicos que halléis en el camino.

Entretanto, Paula había podido tragar los alimentos, pero Andrea, mujer maquiavélica y lista, le dijo:

—Siga fingiéndose muda, señorita... De este modo, con tal desgracia, es más probable que don Jerónimo la deje casar con don Leandro... Ya arreglaremos esto...

Paula atendió aquella indicación y desde aquel instante, sobre su desgano vino a caer una nueva desgracia: la mudez.

Y allá en el pueblo cercano, cierto día, el médico don Bartolo no tuvo ciencia bastante para curarse a sí mismo, y abandonó el mundo. Sus criados Bartolo y Martina lloraron de veras la desaparición del sabio. ¿Qué iban a hacer ahora sin él?

Y en Alcuenza, conforme a los deseos de don Jerónimo, a los pocos días celebraban consulta los cuatro médicos más notables de la provincia.

Después de haber reconocido minuciosamente a Paula, se reunieron en un saloncito para determinar la enfermedad.

Don Jerónimo escuchaba, impaciente, detrás de la puerta, pero sólo llegaban a él rumores confusos. Cuando vió que se levantaban, entró en el gabinete.

—¿Qué?... ¿Qué opinan de mi hija? ¿Hablará?

Uno después de otro, se excusaron de opinar hasta que el último, con aire de suficiencia, le entregó una receta:

Diagnóstico: Parálisis atónica parcial de las cuerdas vocales provocada por agente extraño

Prescripción: Reposo absoluto, alimentación prudente, ejercicios linguales.

Nada más podían ellos añadir, era un caso serio, misterioso, pero no debía perderse la esperanza.

Luego le presentaron la cuentecita que decía:

Por cuatro visitas a mil escudos cada una: cuatro mil escudos.

Licenciado Pedro Rodríguez.

Don Jerónimo estuvo en riesgo de desmayarse... ¡Aquellos doctores se las traían! Después de un pronóstico vago e inseguro, cobraban, en cambio, una respetable cantidad. Entrególes el dinero refunfuñando contra el abuso materialista de la ciencia. ¡Todo lo daría por bien empleado si su hija curara! ¡Pero seguía, dolorosa, su mudez!



Por el hilo se saca el ovillo, siempre que haya ovillo al extremo del hilo. En el caso presente lo había. Don Dámaso en su mesa de trabajo descubrió la carta que Paula había escrito a Leandro. Y sonrió, comprendiendo la razón de muchas cosas oscuras de su sobrino.

Cuando éste llegó, turbóse al ver que el viejo tenía la carta en las manos.

—¿De modo que éstas eran tus escapadas a Guadalajara? ¡Y se trata, nada menos, que de la hija de don Jerónimo! ¡Buen pájaro está hecho su padre!

—Tío, yo no me he de casar con el padre, sino con la hija. Y si usted la conociera: es adorable...

El viejo sonrió y le miró amablemente:

—Y por casarte con ella me abandonarás, ¿verdad? En fin, por mi parte, sé feliz con Paula. Yo, que soy soltero, sé cuál es la verdadera felicidad.

—Gracias, tío. Y no le abandonaré. Tendrá usted

dos sobrinos en vez de uno. Ahora sólo falta vencer la obstinación de don Jerónimo.

En casa de Paula, fracasadas las consultas, acordó don Jerónimo del famoso médico de Tomillares, y una mañana ordenó a Lucas y a Ginés fueran en su busca y lo trajeran en el acto.

Desde la muerte del médico a quien sirvió Bartolo, éste hubo de dedicarse a su anterior oficio de leñador con el que conseguía defenderse la vida a fuerza de no pocos trabajos.

Cierta mañana Bartolo sudaba cortando leña. Como no era el trabajo su mejor amigo, de pronto dejó el hacha y se sentó en el suelo, murmurando:

—¡Durillo es el tronco! ¡Blando es el descanso; y más si lo ayuda un trago y una pipa!

Apuró una bota de buen vino y comenzó a fumar, sintiendo la molicie de aquella mañana de sol en el bosque.

Martina, su mujer, tenía dos preocupaciones: la venta de la leña y el cuidado de su marido.

Salió de la casa que habitaban, para ir al encuentro de Bartolo y se sorprendió al ver el humo de la pipa.

—¿Qué humo es ese?—dijo—. ¡A que se ha hecho carbonero en vez de leñador!

Y acercóse a él, y le dijo indignada:

—¿Qué haces ahí sentado? ¡Levántate aprisa y trabaja, gran gandul!

—Ahora no me lo pide el cuerpo, amable costilla.

—¡Sinvergüenza! ¡Mal marido! ¡Vago, más que vago!

Bartolo se levantó penosamente con gesto agresivo.

—¡Mira que me vas cansando y te voy a solfear Martina!

—¿A mí? ¿A tu mujer? — protestó exaltada—. ¡No te atreverás, cobarde!

—¿Que no?

Y la dió tan fuerte empujón que Martina cayó al suelo. Y él, asustado por su propia obra, quiso levantarla.

—¡Vaya, hagamos las paces! No quiero verte con esa cara de Magdalena que me parte el alma.

—¡Anda, que tú me las pagarás todas juntas!—dijo ella llorando—. ¡Te lo juro!

Bartolo, indiferente, se alejó de allí, dispuesto a continuar en otro lugar del bosque su trabajo.

Martina continuó en tierra, enfurecida contra su marido. ¡Haberse atrevido a ponerle la mano encima! ¡Se acordaría de ella!

Poco después acertaron a pasar por allí los dos criados de don Jerónimo.

—¿Vamos bien para Tomillares? — preguntó Lucas.

—Sí — respondió la mujer, levantándose.

—Diga. ¿No hay allí un famoso médico que lo ha sido de una vizcondesa, y, además, examinador y catedrático?

—Sí, señor; lo hubo: don Bartolo.

—Y ahora, ¿dónde lo podríamos encontrar?

Por la mente de Martina pasó un mal pensamiento. Vió a su marido que no lejos de allí había reanudado la tarea de cortar leña, y dijo, señalando a Bartolo:

—Allí le tienen; aquel que parte leña es.

—Más que médico tiene traza de leñador.

Martina, con una sonrisa maligna, ansiando vengarse de su marido, respondió:

—Es un hombre muy particular. Prefiere ir vestido de labrador y dedicarse a estas labores que a curar enfermos.

—Entonces, no va a querer venir—respondió Lucas.

—¿Cómo no? — dijo ella, riendo —. Primero le negará que es médico, pero empuñe cada uno un buen garrote, y denle un sobo hasta que confiese que lo es.

—¿Es posible?

—¡Ya lo creo! Nosotros nos valemos de este medio siempre que lo necesitamos.

Los dos criados fueron en dirección del leñador, mientras Martina se reintegraba a su casa muerta.



—Primero les negará que es médico, pero empuñe cada uno un buen garrote...

de risa por el bromazo. ¡Le zurrarían de lo lindo y así se vengaría ella!

Lucas y Ginés se proveyeron de buenos garrotes y fueron al encuentro del extraño doctor.

Bartolo, ajeno a la maléfica combinación, había cesado de trabajar y alzaba el brazo bebiendo un buen trago de vino.

Los criados de don Jerónimo comenzaron a rodar por cerca de Bartolo, y éste ocultó la bota.

—¿Es usted un caballero que se llama don Bartolo? — le preguntó Lucas .

—No y sí, según para lo que sea — respondió el leñador.

—No le extrañe que lleguemos en su busca. Venimos a implorar los auxilios de su ciencia médica.

—Usted será el médico, que lo que es yo... — contestó Bartolo riendo.

Los dos sirvientes se miraron. ¡Era cuestión de pegar de firme! ¡No había mentido aquella mujer!

—¿Que no es usted médico?

—¡Pues claro está que no!

—¿Y ahora?

Y comenzaron los dos a descargar sobre él tal diluvio de palos que el pobre Bartolo fué derribado en tierra, dando gritos angustiosos.

—¡Basta, basta! — gimió —. ¡Soy médico y cirujano, y sangrador, y boticario y todo lo que ustedes quieran!...

—Gracias a Dios que ha entrado usted en razón.

Bartolo se levantó penosamente, y murmuró:

—Pero, vamos a cuentas. ¿Qué broma es esta? ¿Están ustedes seguros de que soy médico?

—Naturalmente — respondió Lucas sonriendo—. Y yo le respondo de que no se arrepentirá. Será usted pagado espléndidamente y se le tratará a cuerpo de rey. Ha de sanar usted a la hija de mi amo.

Bartolo quiso negarse otra vez, pero el miedo a los palos le hizo variar su actitud.

—¿No faltarán buenas magras y abundante tintillo?

—De todo habrá y en abundancia. Mi señor es espléndido. A los que le sirven bien...

—Pues, vayamos allá...

Y, con los dos criados, comenzó su camino hacia el pueblo de Alcuenza. ¿Qué diría Martina cuando lo supiese?

Mientras tanto, don Jerónimo salía de paseo con su hija Paula.

—Créeme, hijita, un paseo es cosa que te conviene para la salud—le dijo.

Y los dos fueron a tomar el buen sol de mediodía y se dirigieron a la iglesia.

Cerca del templo encontraron una devota:

—¿Cómo se encuentra la niña? — preguntó la mujer.

—Ahora esperamos a una eminencia que sabrá librarla de todo mal — dijo don Jerónimo —. Estos son los resultados de poner el pensamiento en lo imposible.

Paula hizo un gesto triste. ¡Seguía sin poder hablar!

Y poco después, Bartolo, convertido en médico a la fuerza, llegaba a la casa de don Jerónimo, acompañado de los dos criados.

Andrea, la mujer de Lucas, salió a su encuentro.

Bartolo la miró y se echó a reír con franqueza ruda y campesina.

—¡Guapa zagala! ¿Es esta la enfermera? — preguntó.

—No, señor, es mi mujer — respondió Lucas.

—¿Conque su mujer? ¡Caramba, caramba! ¡Ya me chocaba! Tan frescota, tan espigada...

Lucas, de buena gana, le hubiera dado otro palo.

—Venga usted conmigo y vístase con traje apropiado, que es todo un noble mi señor — le dijo.

Le hicieron entrar en un gabinete donde había elegantes vestidos que lo transformarían en un impecable caballero. Bartolo creía que estaba soñando.

Poco después regresaban don Jerónimo y su hija a quienes Lucas comunicó la llegada del doctor.

—Arriba lo tiene — dijo Lucas —, pero trabajillo me ha costado traerlo. ¡Es un hombre extrañísimo!

—En la sala espero — dijo don Jerónimo —. Cuando se halle arreglado, conducidmelo allí.

Paula, melancólica, se había ido con Andrea al jardín, y temía que se descubriese la farsa.

—Nada tema. Yo haré que ese médico fracase como todos los demás — dijo Andrea.

Bartolo vistióse con toda elegancia, cubriéndose la cabeza con una blanca peluca. De tal guisa vestido, como si fuera un médico de veras, fué introducido por los criados en el gabinete donde esperaba don Jerónimo.

Bartolo dijo con una fina sonrisa:

—Tengo mucho placer en conocer y echar una parrafada con el compañero designado para celebrar la consulta conmigo.

—Pero, si yo no soy el médico — dijo, sonriente, don Jerónimo.

—¿Cómo? ¿Que usted no es médico? Pues será usted médico a palos que es como se gradúan por esta tierra.

E hizo ademán de pegarle, pero Lucas y Ginés le contuvieron.

—Este caballero es nuestro amo y padre de la señorita a quien viene usted a curar.

—¡Ah, perdone! ¡Qué gran honor para mí, señor!

Y, con efusión, le estrechó en un abrazo.

Los criados salieron y don Jerónimo le invitó a tomar asiento.

—¿Aceptaré usted un polvito de rapé? — dijo el padre.

Bartolo puso una pizca de rapé en la boca y luego lo absorbió por la nariz, pero le produjo unas cosquillas tan irresistibles que estornudó y chocó su cabeza con la de don Jerónimo.

Este, sonriente, comenzó a explicarse:

—Pues, verá usted... Yo tengo una hija muy mala.

—Eso se cura con cuatro azotes.

—Quiero decir que tengo una hija muy enferma.

Bartolo le miró y le dijo de pronto, comprendiendo que era necesario efectuar allí un buen papel de médico si no quería ser de nuevo apaleado.

—¿Usted sabe latín?

—No, señor.

—Pues según dijo quien lo dijo: "Filius fili, vobiscum cuique". O lo que es lo mismo: "Nadie se muere hasta que Dios quiere".

Don Jerónimo admiró el profundo talento del doctor, y en aquel momento Andrea apareció en el salón.

—Señor, doña Paula les espera en el jardín.

—Pues vayamos allá, don Bartolo...

Bartolo le siguió con sangre fría. Iba a poner a contribución todo el remedio de la ciencia que ante él desplegó en ocasiones su difunto amo.

Llegaron junto a Paula, que estaba sentada en un banco. Andrea fué con ellos.

Bartolo, al ver a la muchacha, dijo complacido:

—¿Conque ésta es su hija?

—Sí, doctor, y es necesario que me la cure...

Paula miraba tristemente al médico famoso.

—Pues no se muere sin mi permiso — dijo Bartolo—. ¡Con esta cara tan angelical! Vamos a ver, seforita. ¿Y qué es lo que a usted le duele?

—Ba, ba, ba... — respondió Paula, abriendo la boca, como si no pudiera articular palabra.

—¿Ba, ba, ba? ¿En qué diantre de lengua habla? — preguntó Bartolo, extrañado.

—Pues este es su mal — respondió el padre —; que ha venido a quedarse muda, sin saber cómo ni por qué.

—¿Y se queja usted? Una mujer que no habla es un tesoro. Si la mía se quedase así me guardaría muy bien de curarla... En fin, veamos. ¿Quiere usted sacar la lengua?

Paula abrió la boca.

—¡Uy, qué monada! — dijo, riendo, el campesino—. ¡Parece un bizcochito de solletilla!

Recordando todo lo que había visto hacer al difunto don Bartolo, la auscultó, diciendo:

—Yo creo que donde tiene usted el mal es en el corazón.

Andrea y Paula le miraban con precaución. ¿Descubriría aquel sabio la mentira?

Bartolo en vez de aplicar el oído al lado del corazón, lo puso en la parte derecha aspirando una rosa que la muchacha llevaba prendida al pecho.

—Pero, ¿el corazón no está en el lado izquierdo? — preguntó don Jerónimo.

—¡Eso era antes! ¡Ahora lo hemos cambiado! — repuso él tranquilamente.

Luego se levantó y dijo:

—El corazón responde perfectamente. De momento, que se meta en la cama y sude; y después ya le pondremos un plan para que se cure por completo.

Paula y Andrea se miraron desoladas...

—Yo preferiría que ese plan me lo pusiera por escrito — dijo don Jerónimo —, así que si usted no tiene inconveniente en hacerlo...

—De ningún modo — respondió el socarrón médico.

—Andrea, haz el favor de acompañar al señor a la sala, y dále pluma y tintero. En tanto, yo llevaré la niña a su habitación.

Bartolo, seguido de Andrea, desapareció por entre las avenidas del jardín. El rústico leñador daba apasionadas miradas a la doncella. Arrancó una flor y se la entregó.

Ella se echó a reír y continuó su camino junto al famoso médico.

Lucas había visto que Bartolo daba una flor a Andrea y sintió una mordedura venenosa.

—A mí este sabio me tiene con la mosca en la oreja — dijo a Ginés—, y como lo coja a tiempo... se queda sin médico doña Paulita.

Y fué lentamente tras él lleno de ira...

Bartolo había llegado a un despachito y allí ante un papel comenzó a escribir su receta. Andrea le miraba sonriente, pero se apartó de su lado al ver que llegaba Lucas y cogía un bastón pronto a descargarlo sobre las costillas del sabio si éste se propasaba.

Bartolo aparecía muy preocupado con su receta. Con grandes caracteres dibujó unos palotes, dos manos y un vaso, pero todo ello toscamente, con la imperfección de unas manos rudas de campesino.

Lucas se asombró al curiosear aquel extraño jeroglífico y se apartó rápidamente al ver que Bartolo le entregaba la receta.

—Dale esto al señor y que haga seguir al pie de la letra lo que ahí se dice...

Lucas salió con el precioso documento y quedaron solos Andrea y Bartolo.

El falso médico a quien las mujeres le gustaban infinitamente, dijo a la graciosa doncella:

—¿Conque usted es la mujer de ese... infeliz?

—Sí, señor — respondió ella, riendo.

—Pues en mi vida he dado con unos ojos tan charlatanes. A ver, a ver, me parece que debe usted también estar enferma... ¿Usted no ha sentido nunca dolores aquí?

Y, atrevido, puso sus manos en la cintura de Andrea.

—¡Oh, doctor, déjeme usted! — dijo ella.

En aquel momento volvió Lucas. Corrió hacia Bartolo con los ojos desorbitados por la indignación.

—Para poner las manos en esta mujer no hay que ser sabio — rugió —. Se puede ser bruto, pero su marido.

—Usted se equivoca, joven. Era una consulta facultativa...

Llegó don Jerónimo, con la receta en la mano.

—Salid — ordenó a los criados.

Andrea y Lucas marcharon disputándose, acusándola él de infiel...

—Vamos a ver, señor— dijo don Jerónimo a Bartolo—. ¿Puede usted explicarme lo que significan esos signos cabalísticos?

Bartolo cogió la receta y, sin inmutarse, respondió:

—¿Usted sabe el griego?

—No, señor...

—Pues yo le explicaré. Los papelotes son las horas... Las manos quieren decir, que a dicho tiempo se le dé a la paciente una buena friega... y el vaso, que a la hora indicada por los papelotes se le dé a la enferma una gran sopa en vino.

—¿Y para qué el pan con vino?

—¿No ha visto usted cómo atracan de sopas a los loros?

—Sí, pero...

—Y los loros, ¿no hablan?

¡Admirable sabiduría la del doctor! Don Jerónimo le abrazó conmovido. No había otro igual en la provincia. Era indiscutible que devolvería a Paula el don de la palabra.



Mientras tanto, extrañada Martina de la ausencia de Bartolo, creyendo que su broma hubiera podido causarle algún serio contratiempo, determinó ir en su busca al lugar donde lo dejó.

Recorrió el bosque sin hallar el menor rastro de él. Pasó cerca de un arriero y le preguntó si había visto a Bartolo.

—Hacia Alcuenza iba con dos hombres.

—¿Me querías acompañar hasta allí?

—Ahora mismo...

Y Martina, agradecida a la bondad del arriero, emprendió, montada en un burro, el camino a la vecina ciudad.

Los abrumadores sucesos ocurridos en casa de don Jerónimo habían cortado toda relación entre los amantes. Don Leandro estaba desesperado y le decía a su tío don Dámaso:

—Hace días que no tengo noticia alguna de Paula. No sé si podré seguir esperando pacientemente.

—Yo, aunque soltero, también tuve novia y sé lo que se sufre — dijo su tío —. Anda, anda a verla.

Y el muchacho, montando su brioso caballo, partió, veloz, hacia la casa de Paula. Quería averiguar, enterarse... ¿Qué podía ocurrirle a su amor?

En casa de don Jerónimo, desde que Bartolo recetó su original medicina se había hecho éste voto solemne de tomar las de Villadiego. Tenía pánico a los resultados de su receta.

Envolvió en un pañuelo su traje viejo y se dirigió lentamente hacia la puerta. Escuchó pasos, dejó el lío de ropa y se escondió tras una puerta. Pasó Andrea que, al ver el paquete, lo cogió y fué a llevarlo a un armario...

Bartolo salió de su escondite procurando buscar otra salida para huir. Pero en el patio vió a Lucas que sacudía unas mantas, y pensó en los palos que ya recibiera en otra ocasión.

Por fin, después de adoptar muchas precauciones, procurando siempre esquivar cualquier encuentro peligroso, logró salir a la calle.

Al salir, cuando ya se consideraba libre, topóse con un elegante joven: don Leandro, que rondaba la casa esperando averiguar lo que en ella sucedía.

—Un momento, caballero — dijo don Leandro —. ¿Quién es usted?

Bartolo respondió:

—Soy el médico, el famoso médico que ha venido a curar a la dueña de esta casa.

—Pues yo soy el novio de doña Paulita, y si quiere usted ahorrarse quebraderos de cabeza, yo le diré el modo de curarla. Basta con que nos proporcione una entrevista.

—¿Qué quiere usted decir?— gritó Bartolo con supuesta indignación—. ¿Que yo haga de correveidile? ¡Todo un médico!...

Don Leandro le entregó una bolsa llena de oro.

—Esto es ponerse en razón — dijo entonces Bartolo, alegremente —. Estoy a sus órdenes.

—Pues hablemos de los síntomas de la enfermedad de la niña y del modo de curarla...

Y los dos hombres comenzaron a hablar en voz baja, paseando por la acera...

Mientras, Paula guardaba cama, cumpliendo las instrucciones de Bartolo. Ella tenía una opinión distinta que Bartolo respecto a los loros y a las sopas en vino. Y, viendo a su padre que preparaba la extraña sopa, se negó resueltamente a tomarla... Si lo hacía, iba a ponerse enferma de veras... Con los brazos y la cabeza expresaba en silencio su negativa.

Andrea corrió en auxilio de su señorita.

—¡Déjeme sola con ella y verá cómo se la toma!— dijo Andrea a don Jerónimo.

—Ojalá tengas mejor suerte. Me marchó... — respondió su padre.

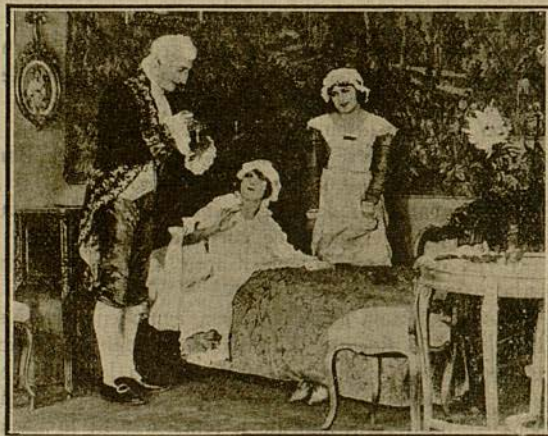
Don Jerónimo salió, y apenas quedaron solas las dos muchachas, Andrea abrió el balcón y tiró la sopa a la calle.

Todo el contenido de vino y pan cayó sobre la manga de Bartolo que seguía hablando con don Leandro.

—¡Mi receta! — dijo Bartolo, asombrado —. ¿Qué habrá pasado?

—¡Cosas de don Jerónimo! — respondió Leandro, riendo—. ¡Pues se ha puesto perdida la casa!

Los dos hombres acabaron de concretar su proyecto despidiéndose como los mejores amigos del mundo.



...Se negó resueltamente a tomarla...

—Y a ayudarme, don Bartolo — dijo el joven —, que hay dos bolsitas de oro más...

—Descuide usted. Soy su mejor ayudante...

Y volvió a la casa, ocultando la bolsa de oro y contento de aquel remate que iba a tener el extraño suceso.

Andrea y su señora comentaban la grave situación.

—Es necesario discurrir alguna cosa para evitar nuevos compromisos.

—No hay más que un medio — repuso Paula—, que hable yo con don Bartolo y le confiese toda la verdad...

Y decididas a hacerlo, la criada marchó en busca del doctor a quien encontró en un pasillo. Bartolo al verla quiso otra vez abarcarla por la cintura, pero ella, esquivándole, entró en el cuarto de la señorita. Paula acababa de levantarse.

—Es preciso que sepa usted la verdad de cuanto aquí ocurre — dijo Paula con tranquilidad.

Bartolo, riendo, exclamó:

—No es necesario. A la ciencia no se la puede engañar tan fácilmente.

Paula le miró con inquietud. Pero, ¿sabía aquel hombre?...

—Desde que llegué me di cuenta de que usted no era muda y de que fingía ese mal sólo para conseguir su amor.

Las dos mujeres le miraron maravilladas, admirando el talento del médico.

—Tranquilícense — les dijo Bartolo—. El asunto corre de mi cuenta.

Bartolo marchó a la habitación contigua donde esperaba don Jerónimo, y le dijo:

—Tenemos una suerte loca. Acabo de saber que se halla en este pueblo el célebre boticario don Casimiro Ramírez, inventor de una famosa droga que hace hablar hasta a los mochuelos.

—¿Dónde está ese hombre?

En este momento se hallará en la posada de Braulio preparando su equipaje. Mándele un propio antes de que se vaya.

Don Jerónimo llamó a Lucas, y le dijo:

—Vete a casa de Braulio y haz que venga contigo inmediatamente don Casimiro Ramírez.

Lucas partió a cumplimentar el encargo.

Mientras tanto, Martina había llegado a Alcuenza e indagaba el paradero de su marido.

Nadie le daba razón. Hasta que una hora más tarde vió pasar por la calle a Lucas. Martina le recono-

ció y pensó lógicamente que, siguiéndole, daría con su marido.

Lucas fué a buscar a don Leandro y éste salió con él diciéndole:

—Lléveme después el caballo a la casa de don Jerónimo.

Al poco rato llegaban al caserón de don Jerónimo, y Martina entró tras ellos. Los dos hombres desaparecieron por una puerta y Martina, desorientada, preguntó a una mujer, a Andrea, a la que encontró en un corredor:

—¿Me hace usted el favor de decir si está aquí un hombre que se llama Bartolo?

Ella le señaló una habitación contigua donde Bartolo ante una mesa contaba y recontaba su fortuna. Aquel puñado de oro reluciente, bien valía el quebranto de una paliza.

Andrea marchó y la esposa del leñador entró en la estancia.

Al verle, le dijo asombrada, admirando sus vestidos y su dinero:

—¡Tú! ¿pero eres tú?

Sorprendido de encontrarla, Bartolo le dijo, mirando el dinero:

—Si te callas y no me comprometes, hemos hecho nuestra fortuna.

Entraron don Jerónimo y don Leandro. Este se había presentado como el boticario Ramírez.

—¿Quién es esta mujer?—preguntó don Jerónimo a Bartolo, al ver a Martina.

—Es la criada de un paciente que se está muriendo. Pero con el recado que le mando, espera.

Martina salió de allí, mirando con ojos asombrados cuanto hacía su marido. Y Bartolo abrazó a don Leandro con demostraciones de antiguo amigo.

—¡Querido boticario! Llega usted como pedrada en ojo de compañero...

Andrea apareció en el gabinete.

—La señorita les espera en el jardín—dijo.

—Pues vayamos allí. Se trata de un caso sencillísimo — dijo Bartolo.

Marcharon los tres, seguidos de Andrea, al jardín. Paula estaba sentada en una silla y al ver llegar a su novio no pudo contener su emoción y exclamó:

—¡Leandro!

—¡Eh! — dijo don Jerónimo—. ¿Pero hablas, hija mía?

—¿Lo ve usted? — dijo Bartolo—. Las sopas en vino. No fallan.

Leandro y Paula se miraban emocionados después del tiempo de su separación. Se querían con un amor ideal...

—¡Leandro! — volvió a suspirar la mocita, olvidándose de su mudez.

—¡Oh, estás curada, hija mía! — dijo don Jerónimo —, pero te prohíbo que vuelvas a pronunciar el nombre del malvado que te enfermó.

—¡Pues le amo, le amo y le amo! — protestó Paula.

—¡Le quiere, le quiere y le quiere! — dijo riendo Bartolo.

—Y le amaré eternamente, como Eloísa a Abelardo, como Julieta a Romeo...

Y miraba a su novio, al falso boticario, dirigiendo a él los suspiros de su alma.

Pero don Jerónimo, incapaz de comprender la burla, gritó a Bartolo:

—¡Doctor! ¡Hágame la merced de volvérmela a dejar muda!

—¡Imposible! Si le es igual, le dejaré a usted sordo.

Don Jerónimo estaba enfurecido. Así Paula recobraba la palabra para bendecir únicamente el nombre de Leandro.

—Una solución, doctor, una solución. Discurra—le dijo a Bartolo.

Bartolo y él se apartaron del grupo y comenzaron a andar como si buscasen la resolución de aquel incomparable amor.



—¡Pues le amo, le amo y le amo!

—Huyamos, Paula, no perdamos un instante — dijo Leandro, viendo alejarse a don Jerónimo.

Y los dos novios corrieron desesperadamente por el jardín, sin que el padre, preocupado, se diera cuenta de la fuga.

Lucas y Ginés vieron al boticario que huía con la señorita, y quedaron asombrados. Corrieron hacia él con ánimo de impedir la marcha, pero don Leandro, amenazándoles con una pistola, les dijo:

—¡Atrás o disparo!

Ellos retrocedieron y don Leandro subió al caballo que Lucas había poco antes atado a los hierros

de la reja, y, montando en él con su Paula, partió a magnífico galope.

Lucas corrió a dar cuenta a su amo de lo sucedido:

—¡Señor, el boticario se lleva a doña Paula!... ¡Por las señas es don Leandro!

La indignación estalló furiosa en don Jerónimo. ¡Ah, miserables! Miró a Bartolo que difícilmente ocultaba su risa.

—¿De modo que ese hombre que usted nos presentó es su cómplice? ¿Y usted ha favorecido esa fuga?

—Señor, yo...

—¿Es decir, que usted es un farsante?

Bartolo afirmó con la cabeza. Sí, lo era, no tuvo otro remedio que serlo.

—¡En una palabra: que usted ni es médico ni nada! — siguió don Jerónimo.

—¡Nada soy!... ¡Es cierto!

—¡Miserable!

Lucas y Ginés, que habían escuchado la conversación comenzaron a descargar terribles palos sobre él, ansiosos de poder vengarse del farsante, especialmente Lucas que recordaba los coqueteos con su mujer...

Don Jerónimo marchó de allí, mientras Bartolo se quejaba de los formidables golpes. Atraída por los gritos, Martina, que le esperaba, fué a su encuentro.

—Pero, ¿por qué te pegan? — le preguntó, asombrada.

—Pues ya lo ves — gimió el pobre—: antes me hicieron médico así y ahora me deshacen.

Don Jerónimo les llamó a todos. Era necesario averiguar, comprender cómo había sido urdida aquella trama.

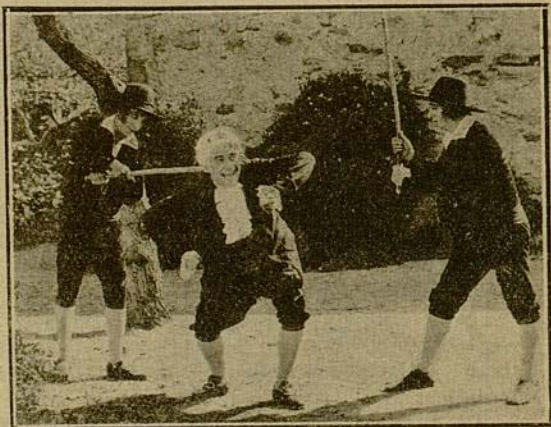
—Sepamos, ¿usted quién es? — preguntó a Martina.

—Pues la mujer de éste.

—¿De este falso médico?

—Por venganza dije que era médico — añadió Martina —, pero ahora estoy arrepentida de mi maldad.

Bartolo la echó una mirada mortal, de odio. ¡Ah, la bromista!



...Comenzaron a descargar terribles palos sobre él...

Y en aquel momento aparecieron Leandro y Paula, que se arrodillaron a los pies de don Jerónimo.

—No he querido hacerla mi esposa sin su consentimiento, señor — dijo Leandro—. Mi tío accede a la boda y me deja por heredero único. ¿Nos perdona?

—¡Papá, perdónanos! ¡Leandro es bueno! ¡Me quiere!...

Vaciló don Jerónimo, ellos suplicaron aún, a sus ruegos se unieron los de Bartolo y Andrea... Y, fi-

nalmente, el padre, no queriendo que continuasen los disgustos en el hogar, accedió:

—¡Sí, os perdono!...

Un suspiro de completa felicidad invadió a los novios. Y don Jerónimo se dispuso a marchar, vencido en aquel combate. ¿Cómo luchar ya más contra los planes de la juventud? ¡Y la farsa de su hija le hizo reír por lo bajo! ¡Lo inventa todo el amor!

Y aun se despidió de Bartolo, entregándole una bolsa de dinero:

—Señor mío, olvidemos lo pasado y admítame esta bolsa como recuerdo.

—Prefiero llevarme en recuerdo de esta aventura la vara con que me obligaron a ser doctor — dijo arrebatando el palo de Lucas.

—¿Y para qué quieres llevarte la vara? — preguntó Martina.

El la miró friamente y luego, con extraña entonación, contestó:

—Eso ya lo sabrás, cuando estemos en casa, rica... Y agitó la vara con actitud poco tranquilizadora.

FIN

Próximo número:

SU PRISIONERO

por WILLIAM BOYD
y JETTA GOUDAL

Postal-fotografía-regalo:

JOHN HARRON

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA sale todos los
miércoles. — ¡Siempre las mejores películas!

Esta semana, *Los Grandes Films* de
La Novela Semanal Cinematográfica
publican el vigoroso asunto
EL MÉDICO RURAL
¡NO DEJE DE ADQUIRIRLO!

DON JUAN y NOCHE NUPCIAL

son los dos últimos grandes éxitos de
las EDICIONES ESPECIALES de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EN BREVE

Número Almanaque

1928

de LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA para